

Desde París

ALFREDO
BRYCE ECHENIQUE

EL CUENTO EN PRIMERA PLANA

La idea fue de Olver de León, joven crítico y profesor uruguayo, radicado desde hace algunos años en París. La idea no era otra que la de rendirle, al fin, un merecido homenaje, una primera plana internacional, a ese género literario que tantos escritores latinoamericanos practican (y en muchos casos con mayor acierto que la novela), pero que los creadores de las malas costumbres han reducido prácticamente a lo que podríamos llamar "la nada editorial". Es cierto, el mal no es exclusivo de nuestros países, pero existe y es grave en ellos, y son muy pocos los escritores que como Borges, Cortázar, Ribeyro, o Rulfo, hayan logrado un reconocimiento internacional en gran parte debido a sus cuentos.

Repito que la idea fue de Olver de León y nadie tan acosado y fatigado ("desbordado", me decía él), en los días que precedieron a este importantísimo evento cultural, como este joven profesor de la Universidad de París IV-Sorbona, en cuyas aulas y anfiteatros se llevaron a cabo la mayor parte de las sesiones, con el patrocinio también de otras prestigiosas instituciones culturales y compañías o sociedades comerciales.

Mencionar a todos los participantes sería realizar un catálogo demasiado extenso, si tenemos en cuenta que en el coloquio participaron autores, profesores y críticos venidos de Alemania, Bélgica, Canadá, Dinamarca, España, Francia, Holanda, Italia, Noruega, Suecia, Suiza, los Estados Unidos, y de prácticamente todos los países de América Latina. Más

importante me parece, por consiguiente, mencionar cuáles fueron los principales criterios que le dieron su unidad e importancia al evento y, a continuación, evocar algunos momentos del mismo o la participación de algún escritor o crítico de los que mayor huella dejaron en mi memoria.

El cuento en la literatura latinoamericana actual es el nombre que se le dio al coloquio, y en él todas las ponencias debían ceñirse a uno de los puntos del siguiente temario:

a) Tentativa para una definición del género.

b) Búsqueda de un denominador común en la producción del cuento latinoamericano.

c) Relación entre los aspectos técnicos del cuento y la realidad latinoamericana.

Cuatro largos días (9 al 12 de mayo) de trabajo. Se empezaba hacia las 9 de la mañana y, a menudo, las discusiones en torno a tal o cual ponencia se prolongaban hasta después de las 10 de la noche. Más los festejos posteriores, porque quién no sabe que estos coloquios son también ocasión de encuentros y desencuentros entre escritores cuyos destinos los han llevado, por muy diversas razones, de un país a otro.

Era imposible que el coloquio no se iniciara con un sentido homenaje a ese gran maestro de la narrativa latinoamericana contemporánea que fue Alejo Carpentier. Olver de León fue el encargado de hablar de aquel notable representante de nuestra cultura, de aquel magnífico creador y crítico, de aquel brillante historiador y teórico de nuestras letras que fue el escritor cubano. Un minuto de silencio, y todos los asistentes pudieron sentir el peso de una gran ausencia: Alejo Carpentier, infatigable animador de este tipo de eventos, entre



muchas otras actividades, había fallecido en París pocos días antes.

Ponencias excelentes: muchas, muchísimas. Sería inútil tratar de resumirlas en un artículo como éste, pero con toda seguridad el público que no asistió al coloquio podrá ir las leyendo cuando se empiecen a publicar en las Actas Finales o en revistas especializadas. Casi todas dieron lugar a animados debates, tras los cuales venía, cada tarde o cada noche, el plato fuerte del día: los escritores presentes leyendo, en su mayor parte, cuentos inéditos que también serán publicados posteriormente como un testimonio más de la importancia que ha tenido en Francia este coloquio. Una gran iniciativa, sin lugar a dudas, cuyos efectos irradiarán a otros países y que está destinada a revivir entre nosotros el interés por este género literario.

Julio Cortázar, momentáneamente ausente de París, estuvo veintiséis años presente en esta ciudad gracias al filme, "Julio Cortázar", en el que el extraordinario escritor argentino evoca con finura, humor, e inteligencia el cuarto de siglo que ha vivido en Francia. La presentación de esta obra, realizada por el joven cineasta y periodista uruguayo Claudio Namer, fue uno de los acontecimientos que mayor expectativa despertó entre el público asistente.

De las muchas y a menudo excelentes lecturas, una de las que realmente dejó honda huella entre el público, fue la del siempre silencioso, parco y tímido escritor peruano Julio Ramón Ribeyro. Quienes conocemos a este gran artífice del cuento siempre tememos que a último momento desaparezca por alguna puerta lateral o algo así. Pero Ribeyro esta vez se quedó, leyó, y dejó pasmado a medio mundo. Tuve el honor de ser la primera persona que conoció aquel cuento inédito que tanto impresionó. En efecto, pocos días antes del coloquio, Ribeyro me invitó a cenar a su casa y me manifestó su deseo de leerme "el último cuento que escribía en su vida". En fin, que no se asusten los amantes de la obra de este escritor: cada vez que lo veo, y ello sucede bastante a menudo en París, "acaba de terminar el último cuento que escribe en su vida" Pero cada año o casi sale un tomo más de esa obra extraordinaria que es *La palabra del mudo*. Ribeyro es, sin embargo (según sus propias declaraciones), un hombre que siempre ha pensado en el cuento y raramente en el libro. "Hipótesis" (título provisional del cuento al que me estoy refiriendo), es precisamente uno de aquellos relatos escritos sin pensar que algún día formará parte de un libro. Y como tal me conmovió y con-

movi6 también al p6blico. Un mundo entero, íntegras las posibilidades de la desesperación humana (y todo ello a partir de una *banal* elucubración literaria en torno al adulterio, aunque como dice el personaje central, citando a Monet: "Son las relaciones entre el tema y yo las que me interesan"), enorme la capacidad totalizadora del cuento que una leyenda negra atribuye exclusivamente a la novela, surgían a borbotones del relato de Ribeyro. Como en una gran lección. Y así sucedió con muchos otros autores, y por eso, al terminar el coloquio, tras las ponencias cuya finalidad fue penetrar a fondo en el secreto de nuestro cuento actual, las discusiones que permitieron establecer enriquecedores y muy diferentes puntos de vista en torno a este género, y tantas lecturas de calidad inolvidable, quién no regresó a su casa convencido —si no lo estaba ya antes— de que había que tomar una nueva actitud ante un género que no es mayor ni menor tampoco; que es y punto, aunque por breve la gente que confunde cantidad con calidad haya pensado alguna vez que había allí menor creatividad, menos arte, más pereza, y mucho menos grandeza.

París, mayo 1980

DISPARATARIO

CARLOS ILLESCAS

CARTAS A LUCRECIA

Bella y recordada amiga:
Otaola no hubiera permanecido indiferente ante los múltiples talentos que usted despliega, y menos aún frente al encanto que rodea su persona como un subrayado del arte de vivir. Se hubiera entusiasmado y sin

36



que se le pidiese habría disparado en el espacio de un minuto, muchas, muchísimas greguerías, con objeto de rendirle tributo a usted y recordar, de pasada, la ingeniosidad impetuosa de su maestro, y de tantos otros, Ramón Gómez de la Serna.

Usted, mientras tanto, habría experimentando una instantánea simpatía por Otaola, cuya verbosidad solía configurar mundos en los cuales el absurdo efectuaba, en manera consecutiva, pero sin atropellarse, un *strep-tease* tras otro hasta producir la impresión de que la tierra es un largo filme rodado por la melancolía que empuja hacia la resaca de los tiempos idos.

Usted, en un respiro de Otaola —que también acostumbraba tomárselos— le preguntaría cualquier cosa en relación con el tiempo presente. En este punto, él afocaría con la precisión del humanista los cambios que experimenta el mundo. No disimularía su entusiasmo por la gente joven empeñada en penetrar en los problemas que nos acoquinan —palabra sobre la que él, de inmediato, haría un juego—, y juntamente con el entusiasmo mostrado daría dos o tres juicios sobre la última novela de autor español que había leído. Pero no piense usted, exquisita amiga, que la cita devendría ociosa, sino más bien apareciera ilustrando el tema de los hombres que a los 18 o veinte años de su edad, asumen la tarea de rescatar el mundo de manos de transnacionales o gorilas que lo aplastan. Y es que él fue siempre persona colocada de frente al mundo que nos hiera.

Como todos cuantos lo trataron, usted se percataría de su aseo personal, éste acentuado por ropas bien cortadas a la antigua usanza. Deseo expresar con este conato de evocación que Otaola no admitió el *rock and roll* como ejercicio de vida y por

lo mismo su repajolera *weltanschauung* la depositaba en el cante jondo, a ratos en la zarzuela y el tango. Usted habría distraído sus bellos ojos repasando su discoteca. Allí fraternizaban las cartageneras con las zaetas, los fandanguillos de Huelva con las mineras de Asturias; y desde luego polos y martinets tenían su nicho propio, sobre todo si el cantador era Don Antonio Chacón o la Niña de los Peines. Ya usted imaginará cómo era de gitano Otaola, condición de ser y estar bien con Dios y con el duende. Y eso que su patria era San Sebastián que él trasplantó a Madrid, el que después trajo a México no sin antes pasar por San Felipe Torres Mochas, de donde era la también llorada Margarita Paz Paredes.

Amicísimo de Pedro Garfías, Otaola durante muchos años recibió debido a los oficios de Garfías, lecciones preciosas sobre lo que es el jipío y como debe emitirse. "No, decía Garfías frente a nosotros, teniendo a la vista a Otaola y Juan Rejano, las corraleras de Manolo Caracol son adulteración de la verdad del cante. El único que las cantaba de verdad, metida el alma en el sol negro del jipío fue el Niño de Caravaca."

Pero no crea usted que Otaola se la pasaba en los tablados del diario existir entre cante y cante. Trabaja también. Y creo que más de lo necesario. Pero así era él. Orgulloso de sus tareas en una Oficina cinematográfica donde no lo entendían, Otaola, el gran Otaola, casi casi como una réplica empaticante del Barthleby de Herman Melville, desde las primerísimas horas de la mañana, diga usted las seis, se hallaba frente a su escritorio de trabajo. Acompañado nomás por los primeros colores del alba leía todos los libros que es lícito —y también ilícito— imaginar. Sobre todo novela. Si a usted se le hubiera ocurrido, por ejem-